

Piel de reptil

JOSÉ A. ALVARADO MARTÍNEZ

–Bueno pequeño, te contaré la historia de “el encuentro”, pero prométeme que ya no estarás molestando y te vas a dormir.

Hubo un momento en la historia que el mundo era delimitado por las ideas, éstas se podían reinventar como continentes, la realidad no era otra cosa más que un sueño colectivo, los pasos y los días eran casi lo mismo, y el planeta estaba habitado por seres muy chistosos, estos apenas tenían conciencia y miedo hacia muchas cosas. Antágoras, era un soldado humano que caminaba rumbo a la orilla del mundo; para comprobar que lo que le habían enseñado sus maestros era real. Pasaron muchas lunas desde que emprendió un viaje siempre siguiendo al este.

Después de casi haber muerto de sed al atravesar el desierto de la soledad, luchando como un gigante en las estepas de los tigres invisibles y haber naufragado en los pantanos de la muerte, llegó a la selva madre, donde poco a poco, el sol se iba convirtiendo en fantasma; mientras avanzaba, la humedad inundaba el aire, hasta que los árboles milenarios, cansados y podridos, emitieron un sonido que interrumpió su caminata. Se detuvo, desfundó su pequeña espada y siguió andando con más prisa hasta que sintió un golpe en la cabeza; momentos después se vio amarrado de pies y manos, con muchas sombras rodeándolo, éstas se fueron haciendo claras, hasta que al fin pudo distinguirlos.

–La mamá, señalándose cada una de sus partes del cuerpo– tenían piel verde y escamosa, manos delgadas y largas, con tres dedos puntiagudos más un pulgar opues-

to y un vientre abultado, sus brazos eran cortos, en contraste con sus piernas largas, y la columna parecía salirseles dándoles una apariencia encorvada pero alta; sus rostros tenían muchas cicatrices; seguramente por heridas de batalla o luchas con animales salvajes; ojos amarillos, y detrás de sus bocas ocultaban varias hileras de dientes puntiagudos.

Antágoras rogaba a sus captores que le dieran una muerte rápida y sin dolor, cuando uno de ellos, el gran patriarca se le acercó y con mucho trabajo dijo en su idioma primitivo:

–Simio: has entrado en nuestro mundo, si quieres vivir, enseñanos el arte del fuego y la guerra, pues tus armas son más poderosas y queremos saber el por qué.

–Desátente y tráigame una rama seca...

Así fue como nosotros conocimos el fuego y mucho tiempo después, pudimos dominar a los hombres, ahora pequeño renacuajito, acuéstate y tápate con tus cobijas de palmera fresca, yo estaré descansando en la alberca de lodo que tu papá escarbó esta mañana y si tienes sed, háblale al simio para que suba una cubeta y te moje, pero ten cuidado, son muy tontos y olvidan todo, hasta su propio origen. Hasta mañana mi amor. ■



Jesús Martínez